



DISCURSO

LEIDO POR

DON TOMÁS PELLICER

Director del Instituto Homeopático

DE MADRID

AL INAUGURAR EL CURSO ACADÉMICO DE 1884-85



Reimpreso en Murcia
Imprenta de «El Diario»,
calle de la Sociedad, núm. 10
1892

DMU
5.809

BIBLIOTECA REGIONAL



1066854

44305

DNU

5809

R. 108.966

Reg. 129



DISCURSO

LEIDO POR

DON TOMÁS PELLICER

Director del Instituto Homeopático

DE MADRID

AL INAUGURAR EL CURSO ACADÉMICO DE 1884-85



Reimpreso en Murcia
Imprenta de «El Diario»,
calle de la Sociedad, núm. 10
1892

SEÑORES:

Suele aceptarse como regla sancionada por la costumbre que los discursos inaugurales de Academias, Institutos ó Centros de enseñanza, lleven por tema en su exposicion algun problema ó cuestion de reconocida importancia. Y yo debo decir que aunque tal costumbre no me impulsara en la ocasion presente, habria elegido, como he procurado hacerlo, por punto de mis reflexiones, uno que creo de actualidad y trascendencia; trascendencia, en verdad, que ningun otro problema en el mundo puede disputar al que se propone resolver la manera de defenderse el hombre de la enfermedad y de la muerte.

Comprendiendo, que cuanto ahora se estudia y se investiga por naturalistas y por médicos no tiene otro alcance que éste, me permito preguntar

¿CÓMO SE CURA EL CÓLERA MORBO ASIÁTICO?

SEÑORES:

Si ha sido importante siempre saber cómo se curan las enfermedades en general, importantísimo es saber cómo se cura

el cólera. Y la importancia que en sí ello tiene, no nace precisamente de la gravedad que reviste azote tan cruel, sino de lo perturbado y dividido que anda el cuerpo médico oficial, en sus apreciaciones respecto de la enfermedad y práctica de los medios de combatirla.

Acaso con noble empeño se pretende saber más de lo que se puede, y los desengaños de este porfiado celo lleguen tarde, con grave daño de la humanidad doliente.

Se hacen estudios prolijos en los laboratorios de los micrografos; acuden los médicos con afán laudable, salen de allí maravillados de los prodigios del microscopio, mas, entre tanto, se mueren los coléricos, clamando por remedios eficaces que no llegan.

Sabeis lo preocupada que viene estando la multitud acerca de cuál sea la causa determinante del cólera, y os consta que entre las varias opiniones sobre este tema emitidas, llaman la atención preferentemente las de los doctores extranjeros Pasteur y Kock, quienes han pretendido demostrar, *intus et extra* de los enfermos, la existencia de microbios ó seres microscópicos á los cuales consideran como causa eficiente de la enfermedad.

Sí, pues, tan ilustrados y laboriosos profesores han encontrado en los coléricos estos bacterios, no hay para qué negarlo. Lo que en cambio, creo, que habrá llamado vuestra atención, como ha llamado la mía, es que tan importantes y peligrosos experimentos no hayan dado hasta ahora el natural resultado que parecia lógico esperar. Créase que una vez conocida la causa, no seria difícil encontrar el remedio; pero hemos visto con dolor que ni de Tolon, ni de Marsella, teatros de mil observaciones, se diga cosa alguna digna de tenerse en cuenta, acerca de los medicamentos propuestos para curar los coléricos, como resultado de aquellas investigaciones; y si algo se ha hecho contra la supuesta causa del cólera á título de preservativo por medio de la desinfección, su resultado es todavia problemático, y como tal, incapaz de satisfacer á nadie. Por el contrario, á los médicos se les ha recibido mal en varias localidades, se les ha insultado ó huido de ellos, y esto ¿qué quiere decir? Quiere decir que no se han visto resultados favorables,



por punto general, de los procedimientos facultativos empleados, y que por ello preferia el vulgo los remedios caseros y los ideados por los charlatanes y empíricos, á los aconsejados por la ciencia.

Y á propósito de ciencia, ¿habeis reflexionado acerca de lo que es la medicina tradicional puesta en ejercicio?

La medicina tradicional, por su carencia de principios fijos en sus procedimientos terapéuticos, está siendo causa de esa multitud de opiniones contradictorias, origen inevitable de que sean hoy tantos los métodos de tratar las enfermedades, casi como médicos hay. Y la justificación de esa natural arbitrariedad, especie de anarquía que reina en la práctica de la medicina, la encontrareis en su historia, historia de los desengaños médicos, como la llama sábiamente uno de los profesores más eminentes, por su ilustracion y sensatez, que ha conocido el Cláustro valenciano, Dr. Segura, en su *Medicina vindicada de los abusos sistemáticos*.

En esa historia encontrareis conceptos múltiples de otros tantos médicos distinguidos, todos desfavorables á la certidumbre de la medicina tradicional.

«La escuela fisiológica, exclama el Dr. Battamaun (*G. g. h.*, volumen 50, pág. 39) sobre todo en terapéutica, ¿puede ser otro cosa de lo que es el ateismo en materia de religion? Ella, como éste, pueden alucinar, deslumbrar y hasta subyugar, aunque solo sea temporalmente, á los hombres de talento; pero no podrá dejar de ser el ateismo, porque ella es una negacion.»

«En ninguna época, dice el Dr. Bonordeu (*Gac. med. prus.*, 1862, pág. 440), han diferido tanto las maneras de tratar las diferentes enfermedades como en nuestros dias: en ninguna época tuvo la terapéutica tan escasos principios y fué tan incierta y dudosa como ahora »

Ya conoceis tambien el terrible anatema del célebre Bichat (*Anat. gen.* tomo IV., pág, 18), al principio ya de nuestro siglo: «la medicina, decia, no es una ciencia para un espíritu metódico, es un conjunto informe de ideas inexactas, de medios ilusorios, de fórmulas tan extravagantemente concebidas como indebidamente congregadas. Se dice que la práctica de la me-

dicina es repugnante; yo digo más, que bajo cierto punto de vista no es propia de un hombre razonable.»

«La medicina actual, dice el Dr. Latour (*Union med.*), se ha salido de sus vias naturales: ha perdido de vista su noble objeto, el de aliviar y curar. La terapéutica está desprestigiada. Sin terapéutica, hoy, el médico, no es más que un inútil naturalista que pasa su vida en reconocer, clasificar y dibujar las enfermedades del hombre. La terapéutica es la que le eleva y ennoblece; por ella solamente puede llegar este arte á ser una ciencia.»

No tengo por exageradas estas apreciaciones hechas por los distinguidos médicos alópatas citados, ni me extraña en su virtud, ni extrañaré á nadie, que un procedimiento, mejor una ciencia, como la llama Alibert, que parte de lo desconocido y que sigue todas las oscilaciones de las fantásticas teorías que se han venido formando y se forman hoy de la enfermedad, que por lo tanto resulta ser una terapéutica congetural, acomodaticia y con frecuencia peligrosa, no es extraño, repito, que esa terapéutica, ese procedimiento ó esa ciencia, no haya podido acumular hechos experimentales de un valor propio, fijo, permanente, como son los que se fundan en la observación y en la experiencia, y que señalan, de hoy para mañana, el rumbo que ha de seguir.

Aquí teneis un ejemplo aplicable de lo que viene sucediendo con los medios empleados para combatir el cólera desde 1832 acá.

A fines de 1833, la epidemia habia invadido ya algunas capitales de España, y el procedimiento generalmente empleado, y del que yo, aunque mero estudiante de medicina, fui actor para con individuos de mi familia, consistía en dar á los coléricos tazas de agua tibia con aceite comun, que, á la verdad, hacian ménos violento el vómito y facilitaban la salida de grandes cantidades de bÍlis, y, á la vez que se aplicaban algunos revulsivos, y objetos calientes á las extremidades y se daban fricciones secas en las partes que eran presa de dolorosos calambres, se ponían sobre el estómago y vientre saquitos de nieve machacada, y pedacitos de la misma en la boca á fin de mitigar el ardor quemante que experimentaban los enfermos.

La reaccion se abría paso unas veces y otras no, segun la resistencia vital de los atacados; pero á juzgar por la aceptacion que tuvo este sencillo tratamiento, es de suponer que triunfara en la mayoría de los casos. Más sin duda por esta misma sencillez y porque lo sencillo y amigo de la naturaleza no responde á lo que exigen los llamados modernos adelantos, nadie, que yo sepa, tomó acta de lo que este sencillo plan hiciera de bueno ó de malo, tuviera ventajas relativas, su razon de ser; cosas, en fin, que pudieran servir de enseñanza para lo venidero.

Vino la invasion de 1854, y, si es cierto que los médicos alópatas establecieron una terapéutica más amplia, tambien lo es que ella no reconocía base alguna, siquiera fuese solo experimental. Así fué que se dió entrada para el tratamiento de los enfermos á diferentes procedimientos terapéuticos que no tenían otra recomendacion que el criterio de cada facultativo. Se ensayaron multitud de medicaciones que hoy eran aceptadas con vehemencia y rechazadas mañana por ineficaces. Estuvo en boga, en concepto de panacea, el carbonato de sosa, desechado luego por haberse afirmado por algunos que esta sal habia sido un segundo cólera. Lo estuvo además el agua de los mastranzos y diferentes drogas tambien, que es difícil recordar; pero tan raras y extrañas todas al buen sentido, que causaba verdadero asombro verlas acogidas hasta por los mismos médicos.

Tuvimos otra vez el cólera en 1865 y no recordamos que los facultativos de la escuela tradicional hubieran aprendido ni adelantado nada nuevo en los tratatamientos que empleaban, porque sus medicaciones fueron tan variadas y empíricas como en las invasiones anteriores.

Del cólera que acaba de recorrer gran parte de la Europa, á pesar del celo y de la abnegacion de los médicos que lo han combatido, lo que sabemos de Marsella, Tolon, Nápoles y otros puntos invadidos, es poco favorable á la terapéutica alopática. Se ha ensayado lo de siempre: ese inmenso arsenal de remedios cuyo relato encontrareis en las 240 cartas remitidas por médicos y profanos á la Academia de Ciencias de París, optando al premio Breant, cuyo número de medicamentos

y de fórmulas que en ellas se recomiendan son capaces de perturbar al hombre más sereno y más avezado á contemplar las contradicciones y anomalías del arte. Lo único de esa medicina que tiene razon de ser, son los consejos que dá sobre principios generales de higiene; pero en el momento en que sus hombres se han adelantado á profilaxear, es decir, á crear remedios especiales, sobre todo para precaver la enfermedad, no han faltado doctores de reconocida autoridad que hayan probado que todos esos remedios preventivos pueden ser más perjudiciales que beneficiosos.

¿A qué queda, pues, reducida la Medicina *racional* para luchar con el cólera? A lo que es para todas las enfermedades, á lo que no puede ménos de ser, compuesta como se halla de multitud de sistemas contradictorios todos entre sí, dando el triste espectáculo del propio descrédito, cuando sus profesores han querido entronizar un sistema nuevo, para que luego resulte ser tan fútil y transitorio como los que le precedieron.

Solamente la escuela homeopática es, de esa ciencia, la que se siente libre de contradicciones é inseguridades, no obstante contar ya de vida tantos años como van del presente siglo. Y se siente libre, porque tiene una ley terapéutica inmutable como ley natural, cual es, la ley de la *semejanza*.

Cuando se ha curado médicamente en todos los tiempos con seguridad y de un modo durable á beneficio de remedios que han merecido el renombre de *específicos*, no ha podido ser sino en fuerza de una ley, y esta ley, es la ley de la *homeopaticidad*: ley presentida por Hipócrates, cuando dijo: *vómitus vomitum curatur*; demostrada experimentalmente por Hahnemann y comprobada luego por este génio inmortal con hechos obtenidos, aunque inconscientemente, por médicos muy célebres de la antigüedad.

El catálogo de estos hechos clínicos expuesto por el Maestro en la primera parte de su *Organon*, es el testimonio más valioso que puede invocarse de su vastísima erudición. Pero esa ley terapéutica de *semejanza*, en virtud de la cual se verifican las reacciones del principio vital, ha sido poco estudiada ó mal comprendida por los médicos de la antigua escuela. Ellos, buscan el *contraria* en la enfermedad, que es, precisamente, lo

mismo que los homeópatas perseguimos. Ellos, para conseguirlo, emplean remedios que produzcan primitivamente efectos contrarios á la misma, y nosotros, firmes en nuestra ley natural, nos valemos de medicamentos que, experimentados en el hombre sano, producen fenómenos similares al padecimiento. Resultado, que con el *contraria*, se calman, se adormecen, se palian muchas veces los síntomas que más molestan al enfermo; pero como tras esta acción ha de venir la reacción de la vitalidad, el alivio, ó desaparece prontamente, ó, lo que es más frecuente, se convierte en agravacion.

Los remedios similares dados en la forma ténue y dinamizada que los usa la homeopatia, solicitan, por su misma semejanza, la reaccion del organismo, la cual obtenida nos dá el *contraria*, que es el alivio ó la vuelta del enfermo á la salud. Queremos, pues, y buscamos el *contraria*, más por la via del *similia*, porque los semejantes por esa ley invariable de la naturaleza, nos producen, segun nos enseña la experiencia, las reacciones prontas y duraderas que solicitamos y que son necesarias para curar á los enfermos.

El sistema de los contrarios estaría en su lugar si se tratara de obtener modificaciones en el modo de ser de cuerpos ú órganos de marcada inercia que no se rehacen; pero es cosa distinta tratándose de cuerpos que gozan de vitalidad. La vitalidad del enfermo al sentirse impresionada por cualquier medicamento (efecto primitivo), ha de rehacerse más ó menos pronto, (efecto secundario), y al rehacerse, destruye los efectos de la impresion que habia experimentado, de lo cual resulta un trabajo inútil en que se gastan las fuerzas y queda el individuo en peores condiciones que estaba antes. Así el sugeto que tiene tendencia habitual á adormecerse, hace uso del café, cuyo efecto primitivo es mantenerle despierto; más despues que ha pasado esta accion, vuelve el adormecimiento y la propension al sueño, (efecto secundario ó reaccion del organismo.) Se combate el insomnio con el ópio, y el enfermo duerme ó se aletarga la primera noche, pero después el insomnio se hace más pertinaz y hace necesario el aumento de dosis, sucesivamente más fuertes, cuyos resultados son bien conocidos de los médicos. Lo mismo acontece con los dolores vivos que apa-

recen por accesos y con las toses pertinaces que se presentan especialmente por la noche. El ópio que embota la sensibilidad, los calma por su efecto primitivo ó acción contraria, pero cuando esta acción ha pasado, los dolores y las toses aparecen con más intensidad. Se cree combatir un estreñimiento habitual de vientre con los enemas y los purgantes, más el efecto secundario de este tratamiento ó sea la reacción de la naturaleza, hace que el vientre se muestre cada vez más estreñado. Es común la creencia de que convienen los baños calientes para la falta de calor vital, pero al salir del agua, es más acentuado el decaimiento del sujeto y mayor su sensibilidad al frío, porque la reacción se verifica siempre en sentido contrario de la acción.

Estos ejemplos y muchos más que podrían citarse, prueban de un modo concluyente que los remedios contrarios no pasan de la categoría de *paliativos* y que no pueden, en consecuencia, determinar en el enfermo sino reacciones inversas á las que se solicitan para el restablecimiento de la salud.

La ley del *similia*, como ley natural, responde lo mismo en lo físico que en lo moral.—«Un afligido, dice Hahnemann, solo suspende un instante la expresión de su dolor en presencia de un espectáculo divertido: olvida bien pronto la distracción y vuelven á correr sus lágrimas con más abundancia que nunca. Del mismo modo, la tristeza y los disgustos se extinguen en el alma con la noticia, aunque sea falsa, de una desgracia mayor que ha sucedido á otra persona.»

Y sin el conocimiento, podemos decir nosotros, de esta ley de *similitud*, no hubiera podido lucir las dotes de su incomparable ingenio el inmortal autor de *El desdén con el desdén*. Con esta bellísima composición quiso enseñarnos en este punto que las exageraciones del sentimiento y hasta las perversiones del espíritu y de la moral pueden modificarse y aun volver al estado normal por medios similares mejor que con actos violentos, y desde luego contrarios á lo que se siente y se padece.

Es, pues, la ley terapéutica de los semejantes, ley invariable como ley natural, rige de igual modo en todo linaje de desarmonías vitales, así en lo físico como en lo moral.

Ahora nos hallamos frente á una enfermedad de índole epi-

démica de las más formidables que conoce la ciencia, y examinar es forzoso á qué nos induce esta ley de la naturaleza.

No voy á ocuparme de profilaxis, ni de la causa que determina la enfermedad en cuestion. Bastante de ello se ha tratado y no poco se ha hecho para evitar su desarrollo y contener su propagacion, ya proceda del microbio-manía, ya de otra cosa cualquiera, que no vemos ni conoceremos quizá nunca. Al individuo que ha sido acometido del cólera no le importan ya los medios preventivos que de nada le sirvieron; desea que se le cure y nada más.

Lo primero que un médico homeópata se pregunta á la cabeza del enfermo, es: ¿qué hay que curar aquí?

Se ha producido una enfermedad de un modo dinámico, cuya causa invisible ha afectado profundísimamente los principales centros de la vida, produciendo gran perturbacion en las funciones que ellos rigen, dando lugar á manifestaciones de forma colérica, no siempre iguales, sino con gradacion ascendente desde los prodromos bien manifiestos, hasta el cólera atóxico. Los síntomas de estas diferentes formas han sido sobradamente descritos en instrucciones y folletos, y puede decirse que son ya del dominio público. Bueno es que éste sepa cómo se padece, pero no es menos importante saber cómo se cura.

El médico homeópata, fuerte en la ley de los semejantes y no ménos en el conocimiento de los medicamentos que ha de emplear, cuyas propiedades conoce mediante la experimentacion prévia y su confirmacion práctica, no tiene otro objetivo que aquellos centros lesionados, á los cuales dirige acciones medicinales semejantes, pero dinámicas, como dinámica fué la causa, con objeto de obtener una *reaccion* que, partiendo de dentro á fuera, haga renacer la vida todavía latente, contenga en su virtud los desórdenes funcionales más intensos, y termine por la vuelta del calor y del pulso, signos inequívocos de próximo calor y bienestar, iris anhelado de la tormenta.

Y á esto y no más es á lo que aspiran todos los médicos del mundo que conocen el cólera, proceda de lo que quiera, y lo procuran todos, ora con unos, ora con otros de los infinitos remedios que se inventan, que se calculan, que se recomiendan por la medicina común y pone en práctica cada profesor, con-

forme su particular criterio, su hallazgo feliz, ó su experiencia.

Y es lógico, es justo el afán de obtener la reacción de la vitalidad en todo enfermo, pero especialmente lo es en el colérico, porque esa reacción del organismo, si se sabe ó se puede conseguir, es el antídoto del mal.

Si, pues, un colérico en tratamiento no tiene más salvación ni más esperanza que ese esfuerzo de la naturaleza, ¿qué remedios podrán emplearse para auxiliarle y conducirlo á término feliz?

Nuestros principios, que tenemos por inconcusos, y la experiencia adquirida con abnegación constante en las anteriores epidemias coléricas, nos dan derecho á manifestar: que la reacción franca y exenta de complicaciones, se consigue más fácilmente con una medicación, á la par que enérgica y directa, suave en la forma y amiga de la naturaleza, como es la homeopática, que con medios violentos, perturbadores é inexperimentados.

Y á nadie preocupe si los homeópatas damos cantidades pequeñas de medicamentos para curar enfermedades grandes, en contra del común decir: *á grandes males, grandes remedios*. Ni tampoco se tome acta de que fiamos en todos los casos la curación solamente á la medicación interna.

En el primer caso, aparte de que los grandes remedios no lo son por su peso ó magnitud, sino por su probada virtualidad y eficacia, el médico homeópata, dentro de sus principios, puede usar lo mismo grandes que mínimas potencias medicinales, según lo crea necesario. Y respecto de lo segundo, el mismo Hahnemann, en una de las formas del cólera llamada *cólera seco* ó espasmódico, porque no viene acompañado de vómitos ni diarrea, aconseja que, no solo se haga uso al interior del *espíritu de alcanfor* cada cinco minutos, sino que, con la mano mojada en el mismo alcohol alcanforado, se den friegas de cuando en cuando en los brazos, pecho y piernas y un enema compuesto de media libra de agua tibia con dos cucharaditas del mismo medicamento; y añade que, si los calambres continuaran mortificando al paciente, se apliquen sobre las partes donde se sientan planchas de cobre ó latón como remedios seguros para calmarlos, y que si los calambres ocuparan las man-

díbulas dificultando la deglucion, se practiquen de tiempo en tiempo fumigaciones de alcanfor, puesto en una placa metálica caliente.

¿Y qué decir de los medicamentos que para combatir el cólera usamos los homeópatas, según nuestros principios? Afortunadamente está bien estudiado y experimentado el número de ellos, que ciertamente no es grande el que puede necesitarse, cuyo estudio hecho por Hahneman y sus discípulos, así como de todos los que contiene su *Materia médica pura*, fué el que le hizo conocer aquellos que, por la semejanza de sus síntomas con los que presentaba el cólera, podían dominarle. Guiado por estos estudios, aconsejó el alcanfor en el primer período del cólera, cuando comienza por calambres tónicos, postracion, rostro descompuesto, etc., pero sin vómitos ni diarrea, y el mismo criterio le indujo á aconsejar el *cuprum, veratrum, ácido fosfórico* y demás que puedan convenir, guiándose siempre el médico por los principios fundamentales de *experimentacion y semejanza*. Y estos medicamentos son, con poca diferencia, los mismos que nos dieron el triunfo en las anteriores epidemias coléricas, porque el cólera verdadero es hoy como era entonces, y aun cuando sufriera modificaciones en su forma, como suele ofrecerlas en cada individuo, la eleccion resultará siempre acertada, porque la escuela homeopática obedece, en este punto, á principios fijos é inmutables, como son: conocimiento de los medicamentos, mediante su estudio en el hombre sano: aplicacion de ellos, después de dinamizados, conforme á ley natural de la similitud, procurando al verificarlo, no generalizar, sino individualizar fisiológica y patológicamente.

De esta fijeza de principios nace la unidad que representa nuestro sistema, cuya superioridad resulta evidente al lado de los múltiples, inconexos y contradictorios de la medicina comun. Y para la comprobacion de este aserto, sino bastara la lógica que informa nuestra teoría, la encontrareis perfecta en lo que testifican las estadísticas.

Con relacion á la presente epidemia, todavía no podemos ofrecerlos las que indudablemente han de formarse, cuando termine la enfermedad en los sitios donde ha existido y haya habido médicos homeópatas. Hasta ahora, solo tenemos la no-

ticia que nos ha dado el *Críterio Médico*, con referencia á la ciudad francesa Cette. Es un artículo que el médico homeópata Doctor G. Bouffier ha dirigido al *Figaro*, de París. El Doctor Bouffier ha sido uno de los encargados del servicio médico municipal de pobres de dicha ciudad, y declara haber salvado á todos los coléricos sin *excepcion*, que se han sometido á su tratamiento.

Digno es el Doctor Bouffier de la más cumplida felicitacion, y si bien las aspiraciones de la homeopatía no pueden llegar hasta el extremo de pretender curar á todos los coléricos, abrigamos la esperanza, sin embargo, de que nuestros comprofesores tanto de Francia, Italia y España, que hayan tenido ocasion de aplicar el método de Hahnemann, no habrán sido menos felices que fueron todos los homeópatas en las invasiones anteriores. En aquellas, la desproporcion de mortalidad entre uno y otro método homeopático y alopático, fue extraordinaria. De la estadística que formó el Doctor Conde de Benavel del cólera asiático de todos los paises, resulta: que de los enfermos tratados alopáticamente, murieron 50 1/2 por 100, mientras que la homeopatía solo perdió 8 1/2 por 100.

En la que nosotros publicamos en la GACETA HOMEOPÁTICA DEL CÓLERA en el año 1854, hicimos constar, segun datos auténticos que nos fueron remitidos de las poblaciones donde lucharon con la epidemia nuestros compañeros, como Barcelona, Alicante, Valencia, Vinaroz, Jerez de la Frontera, Mataró, Murcia, Coruña y Pontevedra, que el *máximum* que por término medio perdió la homeopatía, fué el 8 por 100, y que la pérdida de la alopátia, hasta donde se habia podido averiguar, excedió del 50 por 100; proporcion que no nos pareció exagerada, comparada con el resultado que dió el método ordinario en el hospital de coléricos de San Jerónimo de esta córte.

En el referido hospital, entraron desde el 10 de Setiembre hasta el 8 de Noviembre, entre casos de cólera sospechoso y cólera confirmado 154 enfermos. De estos fallecieron 115; es decir, en la proporcion de un 73 por 100.

En Madrid, en 1865, los homeópatas que visitaron coléricos perdieron un 12 por 100, mientras que la mortalidad por los tratamientos alopáticos pasó del 50.

Las consideraciones á que se prestan estas inevitables comparaciones son dolorosísimas. Una medicina que cura 90 por 100 de atacados del cólera, y otra que deja morir 50 ó 60 de la misma enfermedad... ¿qué enigma se contiene aquí que evita la aceptación, por parte de nuestros comprofesores alópatas, de la medicina que sea más provechosa para la humanidad? ¿Es que somos los médicos homeópatas unos famosos charlatanes, embaucadores, sin conciencia ni pudor y faltamos, por ende, á la verdad? Pero nuestros hechos son públicos; nuestros éxitos, debidos al valor del método que practicamos, los lleva la prensa por doquiera para que puedan ser comprobados; nosotros, léjos de desconfiar de nuestros recursos, tenemos cada vez mayor confianza en ellos; no vamos en busca de algun iluminado que resuelva el problema que con razon les preocupa, ni buscamos en las ponderaciones del microscópio, ese ser homicida que persiguen los sábios, porque no nos hace falta para curar. ¿Por qué tanta aversion á entrar en nuestro camino, que es la ruta mejor, como lo consiente la sana lógica, lo afirma la experiencia y lo comprueba la Estadística? Me declaro confuso ante estas contradicciones, pero me siento bastante fuerte para no revolverme contra los extravíos del amor propio de unos, contra la presuncion omniscia de otros, y ganoso por tanto de pedir al cielo, en nombre de la humanidad, que llegue el dia en que una mano poderosa borre para siempre los calificativos de alópata y homeópata, y se llamen los médicos, médicos solamente, que estudien todo lo útil, que observen con atencion, que comparen sin prevenciones, que deduzcan con justicia, y que se asocien como hermanos, para comunicarse mutuamente sus adelantos, sus nuevas conquistas, y vayan así acumulando hechos, probados, experimentales, que sirvan de base á progresivas adquisiciones que realizarán luego nuestros hijos, más tarde las generaciones futuras. Pero esta mano debería ser la mano de Dios, que es quien todo lo puede.

He dicho.

